

La lección del día

Gregorio Valera-Villegas¹

A Pablo López, maestro rural

¡Uhhh, estiro una pierna, la otra, abro un ojo, después el otro! Me he despertado, que malo. Los ojos se me vuelven a cerrar, y el cuerpo lo siento pegado a la cama. No tengo ganas de levantarme, y menos para ir a la escuela. Unos segundos después, abro de nuevo los ojos y miro el pinche reloj, falta todavía media hora para levantarme. Mi madre vendrá, dentro de poco, a llamarme, segura de que desconecté la alarma. Unos minutos después, oigo sus pasos, son inconfundibles porque los arrastra. Se acerca, ya está en la puerta. Ahora la abrirá y dirá:

¡Órale, Esteban! es hora de levantarse para que vayas a clase. ¡Apúrate, se te va a hacer tarde! Lo sabía, lo acaba de hacer, siempre me dice lo mismo.

Si supiera que hace media hora que estoy despabilado. Me quedé en cama para no despertarle antes de su hora. Me incorporo lentamente en la cama y me voy al baño como un sonámbulo. Abro el grifo, y el agua fría comienza a caer en mis manos ¡Qué fastidio tener que cepillarse los dientes todos los días! Es una rutina aburrida, no hay duda. La ducha fría en la cara termina de despertarme, y no sé el porqué, pero me pone alegre.

Poco tiempo después camino rumbo a la escuela. Mamá se empeñó en que trajera un par de tacos de pollo (los prefiero, a decir verdad, de guajolote, pero termino aceptando los de pollo). Dice que no le gusta que aguante hambre. Ella es una mujer padrísima, de verdad. Hoy de qué irá a hablarnos el maestro Efraín. De qué irá la clase. Hoy es martes, generalmente las clases de este día son mis preferidas. ...¿De dónde provenimos? ¿Quiénes somos? Quién puede responderlas. A ver, cuál se anima — es el maestro Efraín que nos interroga—. Por unos segundos permanecemos embelesados por su conmovedora exposición. De repente una manito algo gruesa se levantó de su asiento. Es la mía,

¹ Escritor. Entre sus obras literarias publicadas pueden señalarse: *Del habla, del silencio, del otro. Cuaderno de Poesía*. Caracas, Ediciones del CDCHT de la Universidad Simón Rodríguez, 2006; *Tiempo Inerte y otros relatos*, Caracas, Ediciones Del Solar, 2009; *En la hora final y otros relatos*. Caracas, Ediciones Del Solar, 20012; *Cuerpo, memoria y olvido. Cuaderno de poesía II*. Caracas, Ediciones Del Solar, 20012. Correo electrónico: gregoriovaleravillegas@gmail.com

soy yo. Quería hablar, quería intervenir, a pesar de la timidez que seguramente mostraba mi cara. Y también porque había llegado tarde a clase y no me creía con derecho a intervenir. ...Sí, diga Esteban. Ándele, plátiquenos lo que está pensando... Es que esas preguntas tuyas me hicieron recordar un verso que leí en el libro que me prestó hace poco... A ver si lo recuerdo... Sí, lo recuerdo, dice así: “Si el hombre nace tan pronto, si la vida es tan breve, ¿de dónde viene?”. Maestro, qué somos, entonces. Dígalo usted, por favor... Pues, órale que buena pregunta... —y por unos segundos, guardó silencio. Se pasó la mano por los cabellos, y respondió—. Somos lo que recordamos, Esteban... ¡Ah, y el verso es de Rimbaud!... Yo me quedé sorprendido por la respuesta. La anoté en mi cuaderno de apuntes para seguir dándole vueltas después de clase. A ver: somos lo que recordamos...

¡...Antonio, hijo, levántate, es tarde! Vas a llegar retardado a la escuela. —Su madre angustiada, le llama insistentemente a la puerta de su pequeño cuarto—. Sí, es mamá, es la voz de mamá. Creí que estaba soñando. Aún medio dormido, Antonio reacciona a los toques insistentes a la puerta, y a la voz suave de la mujer—. ¿A poco sí, mamá? Ya voy. Anoche, como todas las noches, no puse el despertador. Detesto hacerlo. Para mí que ya se chingó por no usarlo. Me pongo de pie, me estiro hasta el techo, restriego mis ojos para desperezarme. En segundos estoy frente al espejo del baño. Al mirarme me asusto. ¡Huuy, estoy más gacho que de costumbre...! Total, qué puedo hacer. Así nací y así soy, si no me quieres ni modo... (Como dice la canción). Hoy, no me bañaré, ya es muy tarde. Sólo me lavaré los dientes... ¡Ay, se chingó el cepillo! Le doy muy duro a los dientes, como a los de un caballo. Eso me dice mamá. Se me olvida, y ahí va otro cepillo chingado... Pues, ¡ni modo! Qué puedo hacer. Termino de meterme la camisa dentro del pantalón ya de camino a la escuela. Miro el cielo para darme la hora. Sí, es tarde. Hoy es martes, hoy tocan los temas más fastidiosos. Tendré que correr. El maestro Efraín ya habrá comenzado la clase, sí, seguro que ya la comenzó. Unos minutos después, termina de llegar a la escuela. En efecto, hace rato empezó. Me doy cuenta por la cara de sueño de los cuates. El maestro, a veces, se pone muy chorero, y uno termina con sueño. ...Antonio Vargas, de nuevo, como de costumbre, llegas tarde... Perdón, maestro... es verdad... Siempre tengo la hueva subida al venir a la clase... No creo que sea culpa de él, él parece un buen cuate. Creo que soy yo... El maestro sigue hablando, demasiado chorero, como ya dije. Sólo después de unos minutos agarro la onda de lo que dice. Creo que, pasado un ratito, terminaré por contagiarme de la cara de sueño de los cuates. O me saldré volando a puro pensamiento ...somos el producto de la creación de Dios, o provenimos de otra especie de animal, uno cercano a nosotros... Hace poco, a la salida de la escuela, el maestro, como si se tratara de un cuate más, nos contó, a Luis y a mí, lo que había vivido en casa relacionado con este tema. ...Su hija menor le preguntó: ¿quién te creó a ti papá, a tu mamá, al abuelo Miguel? Pues, no es tan fácil responderte, hija. En realidad venimos de los monos. Ellos fueron primero que nosotros. La niña le miró sorprendida, y no dijo nada. Corrió hasta donde estaba su mamá, le hizo la misma pregunta, y ella extrañada, le respondió: ¡Le andas dando demasiado vuelo a la hilacha de la pensadera! Pues, de dónde va ser hijita, de nuestros padres: Adán y Eva, creados por Dios. Nosotros venimos de ellos. La chava, confundida, le dice: ¡Ay mamá, a quién le creo! Papá dice que nuestros abuelos fueron los monos, y tú que Adán y Eva. La mamá le miró sin mostrar ninguna extrañeza por lo que había dicho Paula, así se llama la hija del maestro. ¡Pues, ni modo hijita! Si eso dice tu papá, es porque él se está refiriendo a su familia, y yo a la mía. Y amárrate esas pinches agujetas que te vas a dar un ranazo. ...Bueno, así sucedieron esos hechos biológicos que duraron millones de años. A ver Antonio —y al oír mi nombre regreso rápidamente a la clase, de donde me había fugado con el pensamiento—, para cerrar, quién fue el que inventó esa idea de la evolución humana. Me quedo pensando como si supiera la respuesta. Y cuando voy a hablar para confesar que

no la sabía, la fuerte lluvia, que hacía poco había comenzado, me salva del apuro de no saberla. Las goteras del techo llegan justo a tiempo para interrumpir la clase. Como de costumbre, el maestro de inmediato suspende la clase para colocar las latas vacías, en los sitios donde todos sabemos que caen las goteras, y así evitar que se dañen las cosas del aula... ¡Me salvé de ésta, qué suerte tengo! Me río entre dientes, y salgo detrás de los demás.

Había ya transcurrido más de media mañana. El sopor de la hora hacía más lenta y pastosa la voz de tiple del maestro. Esteban, entre tanto, ensimismado, hacía una suerte de monólogo en su pensamiento. ...*Las clases son diferentes, nunca son iguales. Cada una tiene un algo, en buena o mala medida, que las hace distintas. El aula va cambiando como el día, sombras, luz fuerte, un poco nublada, y así. Y no sólo se oscurece con una jalada inesperada del maestro. Hoy, hace ya casi una hora, nos lleva la voz del maestro, como buen cuate, a visitar la Roma antigua. Nos platica de los emperadores, de los esclavos, del circo y el teatro. Uno siente el Coliseo como si resucitara, como si volvieran los gritos y chiflidos del público en las tribunas, mientras los gladiadores, en el centro de la arena se les cae la baba de la mucha furia que brota de sus cuerpos. A las once nos tocará ciencias naturales, continuaremos con el tema del cuerpo humano, nos lo dijo al comenzar. El martes, hace ya quince días, justo a las once, se dirigió a un extremo del aula y abrió una de las láminas, en la que aparecía un güey desnudo con las tripas al aire, las costillas abiertas mostrándonos su corazón como una desembocadura de ríos azules y rojos. ...El mes pasado, el último martes del mes, abrió otra de las láminas, de las que permanecen enrolladas en el estante del aula. ¡Al abrirla vimos a un güey y a una chava desnuda! Vamos a estudiar el sexo, dijo, con una sonrisita medio nerviosa. ...la sexualidad humana tiene sus diferencias, aclaró como si engordara la voz, poniéndose rojito de repente al mostrarnos las partes sexuales de las hembras y de los varones... El pito es el órgano sexual masculino y la pucha es el femenino (él, en verdad, lo dijo científicamente, como nos obliga a hacerlo: el pene y la vagina) ...Se me olvidaba decirles, que a las chavas las hizo salir al patio, para hablarnos de este tema... El martes anterior de ese mismo mes de ¿mayo?, sí, mayo, para nombrarlo por su nombre, había hecho lo mismo con nosotros los varones, para quedarse con las hembras explicándonos lo de la maternidad, lo del embarazo... Lo sé porque Carmen, mi compañera preferida, me lo contó... Una de mis clases favoritas. La que me chinga a mí, es la de los volcanes, será porque acá en México tenemos muchos. Los volcanes y los temblores de la Tierra. Claro está que por la misma razón, acá tiembla mucho. Uno siente unas cosquillitas en la barriga cuando todo comienza a moverse despacito. Y las caras de la gente cambian de miedo... Y qué nos puede hoy platicar el hombre de los volcanes. Lo he visto como ido de la clase. No maestro, sólo estaba pensando... Pues sí, algo quiero decir, mejor dicho, más bien preguntarle, ya que me dio la palabra, es sobre eso que nos dijo de que el cuerpo tiene como los tubos una entrada y una salida. ¿La entrada es la boca, y la salida es...? El ano Esteban, se dice ano.*

Guadalupe de Ramírez, 15 de agosto de 1964

... Soy, Esteban y Antonio, mis queridos alumnos, les escribo por tres motivos: el primero, este es especial: para responder a sus cartas, el segundo, para comentarles algunas cosas de mi relación con ustedes, y el tercero, porque esta es mi despedida...

Soy, día de fiesta en nuestro pueblo, la de la virgen de la asunción (escribo con minúscula porque soy ateo y comunista, aunque bien saben que no hay una relación necesaria entre una cosa y la otra, hay cristianos comunistas),... los petates multicolores mostrarán nuestras raíces mixtecas, no lo olviden...

Al recibirme en la escuela normal rural, no me identificaba muy bien con mi profesión. Sólo con el tiempo y las experiencias vividas pude hacerlo. Como maestro rural, así me identifico, he sido tantas veces humillado, menospreciado y, por si fuera poco, mal pagado. En el pasado, quienes llegaron a ser maestros, nuestros antecesores, llegaron a serlo porque habían aprendido a leer y a escribir y las cuatro reglas, otros lo hicieron por herencia de sus padres, en un pueblo de mayoría analfabeta, y porque enseñando a los demás, especialmente a los niños y a las niñas, podían ganarse la vida. Me trabajé durante todos estos años en una escuela en malas condiciones, pero eso no ha sido obstáculo para amar nuestra acción de enseñanza... Estuve cumpliendo mi trabajo como maestro en algunos pueblos como el nuestro antes de llegar aquí, a esta escuela en donde me encontré con ustedes. Pueblos de siervos del cura párroco de marras. Pueblos que eran expoliados por la iglesia. Curas, que sin faltar ni un día cobraban los diezmos y primicias, y los servicios por misas, bautismos, entierros, clasificados, en exuberancia y frugalidad, según el bolsillo de los feligreses de turno...

Guadalupe de Ramírez, 8 de agosto de 1964.

Hola maestro, cómo está, cómo van sus cosas....

Ahora es cuando, terminado el año escolar, me atrevo a escribirle, abusando de la confianza. Recuerdo sus palabras: ...Chavo, eres uno de mis mejores alumnos... Viniendo de usted, sus palabras me hicieron sentir orgulloso, sí, mucho; pero a la vez sentí al escucharlas que algo me chingaba por dentro. Y me dije: Ándale, qué esperas, escríbele, ya que no te atreves a decírselo en persona... Y por fin me decidí, y ahí le va: qué puedo decirle de sus clases, que eran largas, latosas y aburridas. No, no, es una jalada mía. Al contrario, me hacían pensar hasta que la cabeza me dolía. Recuerdo que usted se negaba a que nos aprendiéramos las lecciones al caletre... usted se empeñaba en repetirnos: Ándele chamacos, atrévase a decirlo con sus propias palabras, así salgan medio chuecas... ¿Me llegó a regañar delante de mis compañeros? A ver, qué va, no me acuerdo de que lo llegaras a hacer alguna vez... No, definitivamente no. Lo hacías a solas y en voz baja para que ninguno de mis cuates lo oyera... Así que, cuando lo hiciste, me sentí, de veras, con ganas de cambiar... De sus clases, qué puedo decirle: que eran interesantes, la mayoría de las veces. Sólo que a veces estabas tan emocionado dándolas que no permitías que participara... Un día, me dijiste: ¡Otra vez tú, con tus mismas preguntas! Ya te respondí, te puedes callar... Es mentira, eso nunca me sucedió, lo digo sólo como una broma, es otra de mis jaladas, hada más. ¿Qué si llegó usted a tener preferencias por alguno de sus alumnos?... Uhhh, no

lo sé. Creo que sí... Sí, eso sí, y se le notaba bastante. Yo era uno de sus preferidos, y eso me hacía sentir apenado con mis cuates, que se sentían mal por eso.

Fuiste un maestro bueno, no tengo dudas de eso, ese que me exigía con firmeza sin llegar a maltratarme con insultos y gritos. Nada de eso. Al contrario, llegué a sentir su confianza en mí, al menos eso sentí. Recuerdo los momentos en los que me corregías mis faltas, mis descuidos, cuando, por momentos, me invadía la hueva; sin ofenderme con palabrotas como: bruto, flojo, tarado. Nada de eso hubo... Llegué a sentir por ti mucho respeto, y hasta cariño... Me caías rebien. Te lo juro....

Hasta pronto maestro,

Esteban.

Guadalupe de Ramírez, 10 de agosto de 1964.

Maestro, hola, cómo está.

Le sorprenderán estas líneas que le he escrito, al finalizar la escuela. De ese chavo, bueno para nada, dirá usted. Pero... Bueno, soy el mismo: el incumplido, el eterno hueva. El que nunca cumplió con las tareas. El que hablaba mucho y se peleaba con sus compañeros de clase. Mejor dicho: con aquellos que le caían gordos... Con nadie más. El mismo que no entendía cuando explicabas la lección del día. Aquel que cuando hacías una pregunta a toda la clase, se escondía detrás de sus compañeros para no responder. Ese, que cuando asignabas alguna tarea, no la hacía. El de letra mala, chingada sería mejor decir, el que nunca terminaba de copiar lo de la pizarra, y no sabía bien tomar el dictado. Aquel que le daba pena o miedo preguntar. El que leía mal, se saltaba las palabras, y terminaba sudoroso de miedo. Soy un bicho raro, lo noté cuando algunas veces me miraste de frente. Así me hacías sentir... Sí, es seguro que tendrás que repetir, me dijiste tantas veces, que terminé por creérmelo... Soy el que siempre llegó tarde, la mayoría de las veces adrede, porque no me gustaba tu escuela. En casa me obligaban a venir, a levantarme temprano para no llegar tarde. Tuve muchas broncas en casa, con mamá especialmente. Me pegaba, me ofendía, por culpa tuya. Esa escuela tuya no me interesa. Lo sé, lo aprendí hace mucho. Tus tareas nunca me importaron, me chingaban. No soy un sabelotodo. Pero, sé cosas que tú ignoras que sé... Me imagino muchas cosas, las dibujo, las pinto, las escribo, sin que nadie lo sepa, mucho menos tú. Quisiera ir a otra escuela, tener maestros distintos a ti.

Perdóneme, si con esta carta le ofendí.

Antonio

Una mañana, muy temprano, del último día de actividades escolares, me encontré, para mi sorpresa, sobre mi pequeño escritorio, dos pequeñas hojas escritas con lápiz de grafito y con algunos borrones y tachaduras. Las dos notas cortitas decían:

Bueno, maestro Efraín, ya no nos veremos el próximo año escolar, me mudo con mis padres para el DF. ¡Qué siga bueno!...Viruta.

Y la otra:

...Maestro Efraín, quiero despedirme... A pesar de los regaños que me dio, y los jalones de oreja, no le guardo rencor. Creo que era por mi bien... Capulina.

Las dos notas no estaban firmadas con nombres reales, sino usando como apodos los nombres del famoso dúo de cómicos, pero yo ya me imaginaba de cuáles alumnos se trataba. Al terminar de leerlas me sonreí de la ocurrencia, y las guardé en mi cuaderno de apuntes.

... soy un maestro rural, ya lo he dicho antes, que trabaja en una escuela de tejas vencidas, improvisada. Fue una casa en la que vivió una familia mucho tiempo, para después, el último de sus dueños, convertirla en escuela, la casa de la escuela. La sala grande de la casa, es nuestra aula. Allí colocamos los pupitres de dos y tres plazas, algunos ya con sus patas rotas que he tenido que remendar. Aquí en Guadalupe de Ramírez, este rincón escondido de Oaxaca, está nuestra escuela, en la que he tratado de enseñar y aprender, aprender y enseñar. Hasta aquí llegan, de lunes a viernes, chavos como éstos que han dejado las notas en mi escritorio. Niños, y también niñas, claro está, de entre 7 y 13 años. Vienen a buscarme con ilusión de aprender, de llegar a ser alguien en la vida, de ser diferentes. Eso es lo que dicen algunos, repitiendo a sus padres, quizás... Acuden a una escuela de un solo maestro, mi persona, quien esto escribe, que trata de ayudarlos siempre, en todo lo que está a su alcance. A cada uno atiendo de la mejor manera que puedo, a pesar de la escasez de libros y material didáctico, muy insuficiente... Sin embargo, me las ingenio para suplir estas fallas...

Recuerdo que una tarde, al terminar la jornada escolar y al mirar alejarse a los catorce chamacos que forman mi clase, me puse a imaginar las diferencias que tienen ellos con escolares de la ciudad de su misma edad. Aquellos, en apariencia, son más inteligentes, más despiertos. Saben, a qué dudar, expresarse mejor, leen y escriben y sacan cuentas bien, y en algunos casos muy bien. Tienen escuelas graduadas, varios maestros, de ambos sexos. Los cuales pueden dar sus lecciones del día a toda la clase. Yo, en mi escuela, no puedo hacer esto. En mi escuela no hay grados separados en aulas distintas, y mis alumnos tienen diferentes edades reunidos en una sola aula. Mis lecciones tengo que darlas en pequeños grupos o individualmente. Mis chavos, en promedio, van ahí, ahí, marchando a troche y moche. Ya pudieron leer lo que me escriben, ni siquiera se atrevieron a firmar, con sus nombres propios, sus breves notas de despedida.

Gracias Esteban, gracias Antonio por sus cartas. Aunque sé que las escribieron a un maestro imaginario, que, está claro, yo no lo soy. Soy y seguiré siendo un maestro rural. Ustedes jamás fueron mis remitentes, ni tampoco mis alumnos. La escuela de ustedes es otra, y no una rural como la mía. Sin embargo, me quedo con todo lo que han dicho en ambas cartas, con los buenos comentarios, y los no tan buenos, con las críticas a ese maestro que pude haber sido yo... De cualquier manera, ojalá Antonio domines tu miedo a preguntar en clase. Órale chavo, pregunta lo que no te queda claro, o sencillamente no entiendes. Tus cuates se reirán de ti y te calificarán de tonto, no le hagas caso. Vence la huera y estudia más, sé un poco más disciplinado, estudiar es bonito....Cómo hubiésemos platicado después de clase, seguro que de muchas cosas, incluso de aquellas que más les preocupara en su momento, como seguramente lo hacen con sus maestros. Pero no, no

ha podido ser, porque sólo los he imaginado... Hoy, doy inicio a lo que tenía decidido desde hace unos meses atrás, seguir mi camino. En pocos días me iré a otra escuela rural.

De ustedes.

Maestro Efraín.